

NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS
Sabbat Gigante

LIBRO PRIMERO
Hojas de Rábano

bokeh *

© Néstor Díaz de Villegas, 2017
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2017
© Mapa ilustrado: Israel Viera León, 2017
© Bokeh, 2017

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-91515-73-6

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LIBRO PRIMERO

ECCE LIBRO. II
HOJAS DE RÁBANO 49



Quizás la ausencia de gran literatura en ciertos períodos grises se deba a que los genios se confundieron entre los mierdas, reservándose para tiempos mejores.

ENVIDIA DEL LIBRO. Entregarte en un libro, que tu presencia se confunda con la portada y tu ausencia con la contraportada; que las hojas se encarguen de decirlo por ti; que el texto hable; que el papel deje un rastro tuyo. Así quedó grabado Isaac Kámara en *Boarding Home*. El traspaso exhibe las clásicas circunvoluciones de la Idea que migra a la página. Una sombra recorre las hojas y queda plasmada en libro. «Quizás fuera mi karma», dijo Kámara, pensando en voz alta, a la altura de Iksatabón, en el segundo muelle de Mortlake. El bote seguía las líneas curváceas de un canal invisible cuya corriente nos arrastraba (aunque pareciera mentira) hacia nuestro destino. Una corriente que arrastra... hacia un destino... Nos habíamos habituado al prodigio. Colonias de indios operaban ruletas en la costa de oro, sus lumínicos perturbaban la paz de la corriente. Rompíamos letras brillosas, avanzando en línea recta, bañados en fosforescencias, naipes iridiscentes y dados gigantes que rodaban por el tapete nublado del firmamento y caían como piedras de luz en las ondas, «...y digo mi karma», continuó Isaac, iluminado, «porque cuando pequeño sucedió un episodio que marcó para siempre mi relación con los libros». Papá dejó el timón y vino a sentarse con nosotros. «¿De qué se trata, Isaac? Habla...», lo conminó. Isaac Ka dudó, sonrió amargamente antes de dar inicio a su relato. Después habló

como si no le importara: «Bueno, yo era pequeño, creo que estaba en tercer grado. Yo tenía una prima, mi prima Lídice. Sucedió que por esos tiempos se cumplía un aniversario más de la destrucción de un pueblo checoslovaco llamado Lídice. La embajada de la República Socialista Checa hizo llegar a la niña —en realidad, a todos los niños del mundo que ostentaban ese nombre— dos libros ilustrados, uno de Caperucita Roja, otro de Hansel y Gretel. Los libros se abrían y de sus páginas saltaban árboles, cabañas, una cama de hierro, la silueta de un lobo en cuatro patas que movía la cola: eran libros hechizados. Me enamoré de esos libros, me encapriché con ellos⁷². Exigí, rogué, demandé que me consiguieran unos idénticos, para mí solo. ¡Quería poseerlos! Los padres de Lídice consintieron en prestármelos por unos días; luego, por unas semanas. Cuando el préstamo se prolongó más de la cuenta, reclamaron su devolución inmediata. Yo armé un escándalo, di una perreta mayúscula. Me sentía morir, separado de *mis* libros. Ya no concebía la vida si no era en posesión de aquellos libros en tercera dimensión, libros volubles, que «salían para afuera» (a partir de entonces sobrevaloré ciertos aspectos estructurales de la literatura en menoscabo de lo estrictamente textual: ¿qué importancia podía tener la letra muerta si era posible abrir una puerta en la página?). Sufrí la pérdida de los libros de Lídice. Infelices cartas a la embajada checa fallaron en conseguirme lo que tanto añoraba. “Los tomos en cuestión fueron enviados a las niñas que llevan el nombre de *Lídice* como recordatorio de la masacre perpetrada, en 1942, por las tropas alemanas en la aldea del mismo nom-

⁷² Probablemente se trate de los libros de Leporello Verlag que menciona Walter Benjamin su ensayo «Traumkitsch», 1927.

bre”, argüían los cónsules, diplomáticamente. Entonces mi nombre comenzó a pesarme; quise iniciar los trámites para cambiarlo. Finalmente, acepté que la suerte no me acompañaría, ni entonces ni nunca. Que el milagro [de los libros] recaería siempre en otros más afortunados, o mejor dotados que yo. Lo que escribiera quedaría en mera tipografía. Un puñado de pliegos impresos en cajas de plomo no bastaba, yo quería algo más. Pero Lídice no se me entregó...».

189

TEXTUS RECEPTUS. «¡Qué triste!», dijo mi padre. Después Isaac dijo: «Vago como un judío expulsado del Libro. Ando buscando un volumen que me acoja. Por eso entregué *El tiempo de los asesinos*, de Henry Miller, anticipando lo que vendría. *El Negro* escribió *El guardián de la noche* y le puso el exergo de Miller, y aunque no me mentó, yo estaba allí, en cuatro patas, entre las páginas que no dejaban ver mi sombra. Pero solo yo sabía que el libro de *El Negro* era la culminación de un proceso que partía de mí». «Claro, esas son cosas difíciles de explicar», dijo mi padre. «Los perdedores escriben la historia», añadió. «Sí», respondió Isaac, «y por entonces apareció la novela de Rosales, con el personaje de *El Negro*. Cual no sería mi sorpresa al leer que ese personaje le entrega mi libro a William Figueras. Entonces me dije: *La cadena va de Rimbaud a Miller, de Cámara a El Negro, y de Rosales a William...*» «Sí», dijo mi padre, «la cadena de plata. Solo que Isaac Ka es el eslabón perdido». «Efectivamente», respondió Isaac, taciturno, «me muevo en un espacio imaginario». Y concluyó: «En realidad, me muevo en un espacio donde es inútil situar nada». A lo que mi padre objetó: «Bueno, resides, después de todo,

en un Mutus Liber. El libro de Lídice es la caja de plomo y dentro hay un gato encerrado que podría saltar en cualquier momento». Isaac suspiró: «¡Un gato negro!» A lo que yo agregué: «A propósito, sepan que, en *Una temporada en el infierno*, Rimbaud se ve a sí mismo como un negro: *Oui, j'ai les yeux fermés à votre lumière. Je suis une bête, un nègre*»⁷³. Me quedé callada, después dije: «No es de extrañar, entonces, que *El Negro* viniera a ser el trasunto, la tumba y el espejo de William, aquel que *cerró los ojos a la luz de...* Alégrate, Isaac Kámara: eres la sombra de una sombra». Y papá: «Sombra nada más...»

188

La organización de los eventos a que nos entregamos en la mañana del 25 de julio de 2020 (Santiago Apóstol) representa la culminación del genio creativo-político-espectacular de Isaac Kámara. El viernes 24 atracamos en la marina Faghage, donde, para nuestra gran sorpresa, nos esperaban los dos compañeros hindúes que habíamos conocido en el 7Eleven. Alquilaron un horrible Ford Escalade, en el que nos metieron por fin alrededor de la medianoche. Conduciríamos por carreteras oscuras, entre bosques de magnolias que en esa estación comenzaban a cubrirse de gruesos capullos. Una débil fragancia empapaba el ambiente. Las flores

⁷³ En la misma cuerda: «No miréis que soy negra: es que me ha quemado el sol. Los hijos de mi madre, airados contra mí, me pusieron a guardar viñas». *Shir Hashirim*, 1:6. Reina-Valera, 1909. Henry Miller dice: «When he was writing his “nigger book” (*Une Saison en Enfer*), Rimbaud is said to have declared: “My fate depends on this book!”». *El tiempo de los asesinos* (1983). Traducción Roberto Bixo, Alianza Editorial; *The Time of the Assassins* (1956). New Directions.

resplandecían en la oscuridad cual suaves espectros o como cosas espectrales, no poseo en estos momentos la capacidad de producir imágenes. Eran *flashazos*. Es todo lo que recuerdo. Más que flores blancas, eran floripondios, franchipanes, botones barruecos. Cualquier metáfora, cualquier simulacro, aun en su expresión más simple, se me antoja ahora un ejercicio de impiedad. Había, eso sí, armadillos muertos en el asfalto, gruesos, torpes, herrumbrosos. La carne roja y violácea, las vísceras bajo el farol, entre pétalos mustios, arrollados. Entramos a un terraplén, una especie de gleba a las afueras del retirado camino. Doblamos dos veces, una a la derecha y otra a la izquierda, rozando a nuestro paso las pencas de nerviosas palmeras. Topamos por fin con la barda de una cabaña malamente iluminada que ostentaba en el techo de cinc un cartel apuntalado con vigas que decía «La Gran Jota». Este era el lugar adonde arribábamos luego de veinte años de travesía. Por haber sido los hindúes quienes nos recogían, yo tenía preguntas, múltiples interrogantes exacerbadas por la extensión inhumana del viajecito, que parecía cubrir la distancia entre dos galaxias. Verdaderamente, ¿habíamos zarpado de Miami? ¡De Miami! ¡Por Jove, no podía creerlo! ¿Y cuál era la causa, el porqué del viaje? Los compañeros indios tampoco podían creer que se tratara del rapto de un Niño. ¿Qué niño? ¿Un niño *azul*? ¿Y cuál era la meta? La voz de Swami Prabhupada saltó desde las páginas de mi Guitá: *The idea that there is a goal... is wrong. We are the goal.* Arpegio de cítara. *We are the goal. Okay, the goool...*